

## CAPÍTULO XXI

Donde acaba el relato del jardinero.

«Dijérase que la Ciencia y la Imaginación se habían agotado para siempre, y que nunca se hallarían ya en este mundo, paz, goce, ni hermosura.

»Pero un día, cerca de las murallas de Roma, varios obreros que remueven la tierra al borde de una vía antigua, encuentran un sarcófago de mármol que tiene esculpidos simulacros de amor y triunfos de Baco. Al destaparlo, ven que guarda el cuerpo de una virgen en cuyo rostro resplandece la hermosura; sus largos cabellos caen sobre sus blancos hombros, y sonríe como si soñara. Una muchedumbre de ciudadanos, entusiasmados y conmovidos, levanta el fúnebre lecho y lo conduce al Capitolio. El pueblo en masa acude a contemplar la inefable belleza de la virgen romana, y acecha silencioso el despertar del alma divina encerrada en aquella forma adorable. Se agita con este motivo la ciudad, el Papa teme que se inicie un renacimiento de culto pagano sobre aquel cuerpo triunfante, y ordena que de noche lo roben para enterrarlo en secreto. ¡Vanias precauciones! ¡Inútiles cuidados! Al fin, después de tantos siglos de barbarie, había reaparecido un momento ante las miradas de los hombres la belleza antigua; y esto fué suficiente para que su imagen, impresa en los corazones, inspirase un deseo ardiente de amar y de conocer. Desde entonces la estrella del Dios de los cristianos

palideció, inclinóse hacia su ocaso. Intrépidos navegantes descubrieron mundos en donde vivían razas fecundas que ignoraban la existencia de Iahaveh, y pudo suponerse que si Iahaveh conociera tales pueblos, hubiérase inculcado sus doctrinas y las de su Hijo. Un canónigo polaco, al demostrar el movimiento de la Tierra, comprobó que, lejos de haber creado el Universo, el viejo demiurgo de Israel no tenía siquiera una idea de su estructura. Los escritos de los filósofos, de los oradores, de los jurisconsultos y de los poetas antiguos fueron sacados del polvo de los claustros, pasaban de mano en mano, inspiraban a las inteligencias el ansia de sabiduría. Hasta el vicario del Dios celoso, el Papa, su representante sobre la tierra, le olvidó. Amigo de las artes, y sin otra preocupación que rebuscar las estatuas antiguas, alzaba suntuosos edificios donde lucieron los órdenes arquitectónicos de Vitruvio restaurados por Bramante. Respirábamos. Los verdaderos dioses volvían a vivir en la Tierra, donde hallaban otra vez templos y altares; León puso a sus pies el anillo, las tres coronas y las llaves, y les ofreció en secreto el incienso de los sacrificios. Ya Polimnia en actitud pensativa reanudaba el hilo de oro de sus meditaciones, y en los jardines las Ninfas y las Gracias honestas formaban con los Sátiros coros de danza. Por fin el mundo recobraba su alegría. Pero ¡oh desventura! ¡Oh suerte adversa! De pronto, un monje alemán, abotagado y rebosante de cerveza y de teología se alza contra el paganismo renaciente, le amenaza, le fulmina, prevalece solo contra los príncipes de la Iglesia, subleva a los pueblos y los invita a una reforma para salvar lo que iba a ser destruído. En vano los más sagaces de entre nosotros intentan disuadirle de su empeño. Un demonio sutil, llamado en la tierra Bel-

cebú, le persigue, unas veces abrumándole con los argumentos de una sabia controversia y otras hostigándole con travesuras crueles.

»El testarudo religioso le arroja un tintero a la cabeza y continúa su triste reforma. ¿Qué podría decirnos? Aquel robusto marinero reparó, calafateó, puso a flote la nave averiada de la Iglesia, y retrasó el naufragio tal vez por más de diez siglos. Todo fué ya de mal en peor. Después de este recio encapuchado, bebedor y pependenciero, apareció el alto y seco doctor de Ginebra, influído por las antiguas prácticas de lahaveh y obstinado en retrogradar el mundo a los tiempos abominables de Josué y de los Jueces de Israel; era un maniático fríamente furioso, herético sacrificador de heréticos, y el más feroz enemigo de las Gracias.

»Estos rabiosos apóstoles y sus rabiosos discípulos nos obligaban a lamentar (hasta a los demonios como yo, a los diablos cornudos), que hubieran pasado aquellos días en que reinaba el Hijo con su Madre Virgen sobre los pueblos deslumbrados con esplendores: encajes de piedra en los muros de las catedrales, polícromas vidrieras en los rosetones, frescos vivamente coloreados en los que se desarrollaban mil historias maravillosas, ricos galones, magníficos esmaltes de los relicarios y de las urnas, oro de cruces y custodias, constelaciones de cirios en la obscuridad de las bóvedas, rugidos armoniosos de los órganos. Sin duda todo aquello no era precisamente el Partenon, ni tampoco las Panateneas, pero sonreía dulcemente a los ojos y a los corazones y mostraba cierta belleza. Los malditos reformadores no se avienen a tolerar nada grato ni seductor. Vedlos trepar como negros enjambres sobre los frontispicios, sobre los pedestales, sobre los pináculos, sobre los campana-

rios, y herir con su martillo estúpido las imágenes de piedra que los demonios labraron para complacer a los maestros de obras; las formas de los santos con apariencia de hombres bondadosos, las encantadoras santas y esos ídolos conmovedores, vírgenes madres que oprimen al hijo contra su seno; porque, a decir verdad, algo de paganismo agradable se había introducido en el culto del Dios celoso. Aquellos monstruos heréticos extirpaban la idolatría. Mis compañeros y yo hicimos todo lo posible para interrumpir su espantosa labor, y por mi parte me di el gusto de arrojar algunas docenas de ellos desde lo alto de los frontispicios y de las galerías sobre el atrio, donde se aplastó su repugnante sesera.

»Lo más grave fué que, al reformarse también la Iglesia católica mostróse peor de lo que había sido en los siglos anteriores. En la tranquila Francia, los doctores de la Sorbona y los monjes encarnizaronse rabiosamente contra los demonios inteligentes y contra los hombres de imaginación. Mi prior era de los que más combatían las buenas letras; le intranquilizaban mis vigiliass estudiosas y había reparado sin duda en la forma de mis pies. Al registrar mi celda encontré papel, tinta, libros griegos recientemente impresos y una flauta de Pan colgada en la pared. Le bastaron tales indicios para suponerme un espíritu diabólico, y dispuso que me encerrasen en un calabozo donde fuera mi único alimento pan de angustia y agua de sinsabores, de no haber huído con ligereza por la ventana para refugiarme en lo más enmarañado del bosque, entre las Ninfas y los Faunos.

»En todas partes hogueras encendidas exhalaban hedor de carnes chamuscadas; en todas partes torturas, suplicios, huesos rotos, lenguas cortadas. El espíritu de lahaveh no provocó hasta entonces tan horribles odios;

pero los hombres no habían levantado vanamente la tapa del sarcófago antiguo para contemplar a la virgen romana. En este inmenso terror, mientras rivalizaban las violencias y las crueldades de papistas y de reformadores, el alma humana recobraba energía y poderío para mirar al cielo donde ya el viejo semita ebrio de venganza, era sustituido por Venus Urania, serena y esplendorosa.

»Y a la luz de nuevas orientaciones alborearon los siglos florecientes. Sin luchar contra el Dios de sus abuelos, y sin renegarlo, sometieron los hombres a la Ciencia y a la Razón, los dos mortales enemigos de Aquel, y el abate Gasendi le relegó con suavidad al abismo lejano de las causas primeras. Los demonios bienhechores que instruyen y consuelan a los infelices mortales, les inspiraban discursos de toda especie, comedias y cuentos de un arte delicioso; las mujeres inventaron la conversación, la epístola familiar y la cortesía; las costumbres adquirieron una distinción y una nobleza desconocidas en las edades precedentes. Una de las inteligencias más esclarecidas del siglo razonador, el amable Bernier, escribió un día a Saint-Evremont: «Privarse de un placer, es pecado.» Esta sola frase bastaría para enaltecer el progreso intelectual de Europa, donde siempre hubo epicúreos, aunque sin el genio consciente de que hicieron gala Bernier, Chapelle y Moliere. Hasta los devotos de entonces comprendían la Naturaleza; y el propio Racine, con ser tan beato, sabía como cualquier físico ateo, como Guy-Patin, relacionar con los diferentes estados de su organismo las pasiones que agitan a los hombres.

»En mi abadía, donde volví a refugiarme pasada la tormenta, entre ignorantes y rutinarios: un religioso jo-

ven, menos ignaro que los otros, me advirtió que el Espíritu Santo se expresa en un griego muy pedestre para humillar a los sabios.

»Y sin embargo, la teología y la controversia desolaban aún aquella sociedad razonadora. Vivían cerca de París, en un valle tumbroso, unos solitarios a quienes llamaban los Señores; se creían discípulos de San Agustín y sostenían con tenacidad imperturbable que el Dios de la Escritura hiere a los que le temen, perdona a los que se le insolentan, no juzga conforme a los méritos, y condena, si le place, a sus más fieles servidores, porque su justicia no es nuestra justicia y sus caminos son inexcrutables. Una tarde me acerqué a uno de aquellos solitarios, en su jardín, donde meditaba entre las coles y las lechugas, incliné mi frente cornuda en su presencia y le dirigí en voz queda estas palabras amistosas:

»—¡Que Jehová os guarde, señor! Le conocéis perfectamente. ¡Oh! ¡Cómo supisteis comprender su carácter!

»Seguro de que le hablaba un ángel del abismo, el santo varón creyóse condenado y murió del susto.

»El siglo siguiente fué el de la Filosofía. Se desenvolvió el libre examen; perdióse todo respeto; las prerrogativas de la carne se debilitaron y el espíritu desarrollaba energías nuevas. Las costumbres ofrecieron un encanto desconocido hasta entonces; pero los monjes de mi orden eran cada vez más ignorantes y sucios; el convento no me brindó ninguna ventaja cuando ya reinaba en las ciudades la cortesía. Me fué imposible sufrirlo; colgué los hábitos y cubrí mi frente cornuda con una peluca empolvada; oculté mis pezuñas bajo unas medias blancas, y con el bastón en la mano y los bolsillos repletos de gacetas recorrí el mundo, frecuenté los paseos de moda, concurrí asiduamente a los cafés donde se reunían los

literatos y vime acogido en los salones, donde por una feliz novedad amoldábanse las butacas y la parte del cuerpo que se apoya en ellas, para que los hombres y las mujeres pudiesen discutir cómodamente. Hasta los metafísicos hablaban con claridad. Adquirí mucho prestigio en asuntos de exégesis, y puedo asegurar, sin envanecerme, que tuve una participación muy activa en el testamento del cura Meslier y en *La Biblia explicada* por los capellanes del rey de Prusia.

»Por entonces el viejo Iahaveh fué víctima de un infortunio burlesco y cruel: un cuáker americano, valiéndose de un ardid experimental consiguió robarle su arma terrible y divina: el rayo.

»En París asistí a la famosa cena en la que se habló de ahorcar al último sacerdote con las tripas del último rey. La efervescencia de los ánimos en Francia condujo a una revolución espantosa. Los jefes efímeros del nuevo Estado reinaban por el terror, entre constantes peligros; eran en su mayoría menos crueles y menos implacables que los príncipes y los jueces que representaban a Iahaveh en los reinados de la Tierra, pero aparentaron ser más feroces porque juzgaban en nombre de la Humanidad. Fué una desgracia que se rindieran fácilmente a la ternura y se mostraran demasiado sensibles; los hombres sensibles también son irritables y propensos a furiosos arrebatos. Eran virtuosos y de costumbres metódicas, lo cual equivale a decir que concebían obligaciones morales estrictamente definidas, y juzgaban las acciones humanas con arreglo a principios abstractos y no por sus consecuencias naturales. De todos los vicios que pueden malograr a un estadista, la virtud es el más funesto: conduce al crimen. Para interesarse con provecho por la felicidad humana, se ha de vivir indepen-

diente de toda moral, como el divino Julio. En la última época se hacían bastantes burlas a Dios, pero no salió muy perjudicado entre aquellas gentes, pues no pocos le protegían y le adoraban con el nombre de Ser Supremo, y bien pudiera decirse que el Terror distrajo a la filosofía y aprovechó al viejo demiurgo para que llegase a representar el orden, la tranquilidad pública, la garantía de las personas y de las haciendas.

»Mientras nacía la libertad en el seno de la tormenta, yo vivía en Auteuil y frecuentaba la casa de la señora Helvetius, donde se reunían personas que pensaban libremente acerca de todos los asuntos, lo cual, hasta después de Voltaire, era extraordinario. Hombres capaces de afrontar la muerte sin espanto, no se atreverían a sostener una opinión desusada referente a las costumbres, porque el mismo respeto humano que les induce a dejarse matar los somete a los hábitos públicos. Me deleitaba entonces la conversación de Volney, de Cabanis y de Tracy. Discípulos del insigne Condillac, referían a la sensación el origen de todos nuestros conocimientos; llamábanse ideólogos y, a pesar de su delicadeza y su honradez extremadas, herían a los espíritus vulgares al negarles la inmortalidad, pues los más de los hombres, que no saben cómo emplear esta vida breve, desean otra que no acabe nunca. Durante la tormenta, nuestra reducida sociedad filosófica vióse algunas veces importunada por grupos de patriotas en las apacibles arboledas de Auteuil. Nuestro ilustre Condorcet hallábase desterrado. Hasta yo llegué a parecerles sospechoso a los amigos del Pueblo que, a pesar de mi aspecto rústico y de mi traje, me creyeron aristócrata; y he de confesar que la independencia del pensamiento es la más altiva de todas las aristocracias.

»Una tarde, mientras divertía mis ocios acechando a las driadas del Bosque de Bolonia que brillaban entre el follaje como la luna cuando asoma en el horizonte, me detuvieron por sospechoso y me encerraron en una mazmorra. Era un horror; pero los jacobinos, con el criterio de los frailes cuyo convento habían usurpado, concedían mucha importancia a la unidad de obediencia. Después de la muerte de la señora Helvetius, nuestra sociedad se rehizo en el salón de la señora de Condorcet.

»A Bonaparte no le desagradaba conversar de cuando en cuando con nosotros. Le reconocimos un talento extraordinario, le creímos también ideólogo. Como nuestra influencia era bastante poderosa en el país, la empleábamos en su favor, y sosteníamos sus ambiciones imperiales, seguros de ofrecer al mundo un nuevo Marco-Aurelio. Contábamos con él para pacificar el universo, pero no justificó nuestras previsiones y cometimos la torpeza de culparle para disculparnos.

»Indudablemente sobresalía mucho entre los demás hombres por su inteligencia perspicaz, por su disimulo cauteloso y por su aptitud realizadora. Concentraba toda su vida en el instante presente, sin concebir nada que le distrajera de la inmediata y precisa realidad; así fué un dominador incomparable. Su genio era majestuoso y sutil; abarcaba su inteligencia toda la Humanidad, pero sin remontarse nunca sobre lo común; pensaba lo mismo que cualquiera de sus granaderos, pero lo pensaba con un vigor inaudito. Ansioso de poner a prueba su fortuna, se complacía en lanzar miles y miles de pigmeos unos contra otros, en juegos propios de un niño gigante como el mundo. Era demasiado astuto para prescindir en sus combinaciones del viejo Iahaveh

que aún conservaba su poder entre los hombres y que se le parecía por su instinto de violencia y dominación. Le amenazó, le halagó, le acarició, le intimidó; encarceló a su Vicario del cual obtuvo, poniéndole un cuchillo en el cuello, la unción que desde el antiguo Saúl dignifica la autoridad de los reyes; restauró el culto del Demiurgo, le cantó un *Te Deum*, y se hizo reconocer como la imagen de Dios sobre la Tierra en catecismos diseminados por todo el Imperio. El Dios y el Héroe unieron sus rayos, y aquello fué un magnífico alboroto.

»Mientras los entretenimientos de Napoleón trastornaban la Europa, nosotros nos recreábamos en nuestra labor intelectual, un poco entristecidos, sin embargo, al ver que la era filosófica se inauguraba con degollinas, suplicios y guerras. Lo más lastimoso fué que los hijos del siglo se lanzaron a una vida tristemente desordenada y concibieron un cristianismo pintoresco, literario, que atestigua una increíble flaqueza espiritual, para caer, por fin, en el romanticismo. ¡La guerra y el romanticismo! ¡Dos plagas horribles! ¡Qué lástima de gentes, apasionadas con ansia infantil y furiosa por los fusiles y los tambores! Sólo se interesaban en la guerra, que formó corazones y fundó ciudades de hombres bárbaros e ignorantes. La guerra, que sólo reparte ruina y desolación entre vencedores y vencidos, es un crimen espantoso y estúpido; en cambio, la comunidad en las artes, en las ciencias y en el comercio liga a los pueblos entre sí. ¡Europeos insensatos que deciden luchar y exterminarse, cuando una misma civilización los envuelve y los une!

»Rehuí el trato de aquellos locos y me retiré a este pueblo donde vivo dedicado a la horticultura. Los melocotones de mi huerto me recuerdan la soleada piel de

las Ménades. En mí encuentran los hombres el antiguo afecto, un poco de admiración y mucha piedad; y espero paciente, mientras cultivo mi cercado, la hora lejana en que Dionysos volverá, con sus faunos y sus bacantes, a esparcir sobre la Tierra el goce y la hermosura para restaurar la Edad de oro. Entonces me uniré gozoso al séquito que siga su carro. Pero ¿quién sabe si, en ese futuro triunfo, encontraremos hombres todavía? ¿Quién sabe si, agostada su especie, habrán finalizado sus destinos, y otros seres se alzarán sobre las cenizas y los escombros de lo que fueron el Hombre y su obra? ¿Quién sabe si unos genios alados disfrutarán entonces y en plena posesión el imperio terrestre? Si esto sucediera, la misión de los demonios bondadosos no habría terminado; instruirían en las artes y en la voluptuosidad la raza de los volátiles.»

## CAPÍTULO XXII

Donde aparece, oculta en un almacén de antigüedades, la dicha criminal del viejo Guinardon, de pronto interrumpida por los celos de una infeliz enamorada.

El viejo Guinardon (como Ceferina se lo había referido exactamente al señor Sariette) despojó el desván de la calle Princesse, que llamaba su estudio, de todos los cuadros, muebles y curiosidades allí reunidos: llevólos a una tienda que alquiló en la calle de Courcelles donde fué a instalarse, y abandonó a Ceferina después

de cincuenta años de vida marital, sin dejarle un jergón, una olla, ni un céntimo, aparte de un franco setenta que la pobre mujer llevaba en el portamonedas. El viejo Guinardon puso al frente de su almacén de curiosidades y cuadros antiguos a la joven Octavia.

Lucían en el escaparate unos ángeles flamencos al estilo de Gerard David con sus capas verdes, una Salomé de la escuela de Luini, una Santa Barba en madera, pintura de trabajo francés; esmaltes de Limoges, cristales de Bohemia y de Venecia, platos de Urbino; veíanse también unos encajes de punto de Inglaterra que Ceferina lució en su esplendorosa juventud y aseguraba que se los había regalado Napoleón III. En el interior de la tienda resplandecían sobre la obscuridad matices de oro viejo, y veíanse diseminados cristos, apóstoles, patricios y ninfas. Una tela se mostraba del revés para ser vuelta luego ante los ojos de los inteligentes, que no abundan; era una réplica de la *Gimblette* de Fragonard, pintura clara que parecía no haber tenido aún tiempo de secarse. Así lo advertía el viejo Guinardon. Una cómoda de violeta, colocada en el fondo del establecimiento, contenía en sus cajones rarezas y preciosidades: agudadas de Baudouin, libros con grabados del siglo XVIII, miniaturas.

Sobre un caballete descansaba debajo de una cortina la obra maestra, la maravilla, la joya, la perla: un Fra Angélico muy suave de color, azul, rosa y oro, una *Coronación de la Virgen* por la que pedía el viejo Guinardon cien mil francos. Sentada en una silla Luis XV, junto a una mesita Imperio sobre la que había un jarrón de flores, hallábase bordando la joven Octavia, que al dejar en su camaranchón de la calle Princesse sus relucientes andrajos, no se mostraba ya como un Rembrandt

tostado sino con la plácida brillantez y la diafanidad de un Vermer de Delft, para encanto de los inteligentes que frecuentaban la tienda del viejo Guinardon. Tranquila y casta, siempre sola, mañana y tarde guardaba el establecimiento, mientras en el piso de arriba el pintor retocaba sus obras. A las cinco aparecía para recibir a sus clientes.

Era el más asiduo el conde Desmaisons, alto, flacucho, descolorido, encorvado; bajo sus pómulos, del profundo hueco de sus mejillas surgían unos pelos canos que se aumentaban y extendían hasta cubrir la barba y derramar sobre el pecho abundancia de nieve, en la que hundía sin cesar su larga y sarmentosa mano con sortijas de oro. En veinte años no dejó de llorar a su mujer, víctima de la tuberculosis en el esplendor de la juventud y de la belleza; establecía comunicaciones con los muertos y poblaba con indignas pinturas las soledades de su hotel. Su confianza en Guinardon era infinita.

El señor Blancmesnil, administrador de un poderoso Banco, también frecuentaba mucho la tienda de antigüedades. Era un cincuentón macizo y lozano; el arte no le interesaba gran cosa, pero le atraía la joven Octavia sentada en el centro de la tienda como un reclamo en su jaula. No tardó el señor Blancmesnil en interesarla con intimidades que todos advertían, menos Guinardon, porque el viejo era principiante aún en el amor de Octavia.

Cayetano d'Esparvieu solía ir a la tienda por sencilla curiosidad, siempre receloso de que el pintor fuera un admirable falsario.

El señor Letruc de Ruffec, espadachín terrible, llegóse una tarde a la tienda del anticuario y le comunicó sus proyectos. Dicho señor organizaba en el Petit Pa-

lais una Exposición retrospectiva de armas blancas, a beneficio de la *Institución educadora de niños marroquiles*, y pretendía que le prestara el viejo Guinardon algunas de las piezas más preciosas de sus colecciones.

—Primero pensamos—dijo—abrir una Exposición con este lema: «La Cruz y la Espada», frase de sobra elocuente para que no sea preciso explicar el propósito que nos guió. Una iniciativa eminentemente patriótica y cristiana indújonos a reunir la espada, símbolo del honor, y la cruz, signo de redención. La obra debía ser patrocinada por el ministerio de la Guerra y por monseñor Cachepot. Desgraciadamente, cuando nos hallábamos a punto de realizarla se ofrecieron dificultades que nos obligaron a diferirla. Por lo pronto vamos a organizar la Exposición de la Espada. He redactado una nota que indica el sentido y alcance de nuestras intenciones.

Después de hablar así, el señor Letruc de Ruffec sacó del bolsillo una cartera repleta de papeles, buscó entre una porción de actas de duelos realizados o de satisfacciones acordadas entre los padrinos, y encontró por fin una hojita de papel garrapateado y con tachaduras numerosas:

—Aquí está—dijo; y leyó—: «La Espada es una virgen bravía; es el arma francesa por excelencia. Cuando el sentimiento nacional, después de un prolongado eclipse, se irradia con más ardor que nunca», etc., etc... ¿Comprende usted?

Renovó sus instancias, y ofreció poner en muy preferente lugar las armas que pedía para la Exposición dedicada a *los niños marroquiles*, bajo la presidencia honorífica del general d'Esparvieu.

Al viejo Guinardon le interesaban poco las armas; vendía con preferencia cuadros, dibujos y libros; pero como le gustaba tener de todo no era fácil cogerle desprevénido; y descolgó una espada con muchos calados en la cazoleta, de un estilo Luis XIII-Napoleón III muy característico, para mostrársela al organizador de Exposiciones, quien la contempló silenciosamente con algún respeto.

Entonces el anticuario le dijo:

—Tengo algo que vale más.

Y sacó de la trastienda, donde yacía entre bastones y paraguas, un espadón flordelisado verdaderamente regio. Era de Felipe-Augusto, y lo había lucido un actor del Odeón en las representaciones de *Agnés de Méranie* (1846). Guinardon lo mantenía con la punta en el suelo y lo presentaba como una cruz; al unir sus manos sobre la empuñadura revistióse con la nobleza de aquel despojo marcial:

—¡Merece figurar en una Exposición!

—Si consigo que alguien se lo compre—dijo el señor Letruc de Ruffec mientras se retorció los bigotazos—, ¿cuánto me dará usted?

Algunos días después, el viejo Guinardon mostraba sigilosamente al conde Desmaisons y al señor Blancmesnil, un Greco encontrado por feliz casualidad, un magnífico Greco de la última manera del maestro. Era un San Francisco de Asís que, sobre la roca de Alvernia, erguido como una columna de humo, daba en el cielo con la cabeza monstruosamente alargada y disminuída. ¡Un legítimo Greco! ¡Un Greco indudable!

Los dos inteligentes contemplaban con minuciosidad aquella obra, mientras el viejo Guinardon les enaltecía los negros profundos y la expresión sublime, y alzaba

los brazos para representar a Theotocópuli, continuador del Tintoreto y cien codos más alto:

—Era casto, puro, fuerte, místico, apocalíptico.

El conde Desmaisons declaró que el Greco era su pintor preferido: Blancmesnil, silencioso, admiraba sin entusiasmarse.

Abrióse la puerta y Cayetano d'Esparvieu los sorprendió con su visita inesperada.

—¡Caramba!—exclamó al ver el San Francisco.

El señor Blancmesnil, deseoso de instruirse, le preguntó qué opinión tenía de aquel maestro actualmente muy admirado; y Cayetano respondió, sin hacerse rogar, que nunca tuvo al Greco por loco ni extravagante, como era opinión común hasta entonces, y consideraba más creíble que un defecto visual impusiese a Theotocópuli la deformación de sus figuras.

—Era astigmático y padecía estrabismo—prosiguió Cayetano—, pintaba lo que veía, como lo veía.

El conde Desmaisons resistíase a reconocer como justa una reflexión tan sencilla, que precisamente por su mucha sencillez era bien recibida por el señor Blancmesnil.

El viejo Guinardon intervino, exagerando:

—¿Afirmaría usted, señor d'Esparvieu, que San Juan era astigmático porque vió a una mujer revestida con el sol, coronada de estrellas y que tenía a sus pies la luna, la hidra con siete cabezas y diez cuernos, y los siete ángeles con túnicas de lino, portadores de las siete copas donde rebosaba la cólera del Dios vivo?

—Al fin y al cabo—dijo Cayetano d'Esparvieu—, es justo admirar al Greco si consigue con su arte imponer su visión mórbida. Las torturas que inflinge al ser humano pueden agradar a las almas que gustan del sufrimiento, y son más numerosas de lo que se cree.

—Caballero—replicó el conde Desmaisons, mientras acariciaba con su larga mano su barba frondosa—, es preciso estimar las preferencias de que somos objeto. El sufrimiento nunca nos abandona, y si no lo estimáramos nos haría insoportable la existencia. Por entenderlo así el Cristianismo es fuerte y bueno. ¡Ay! Quisiera tener fe para no desesperarme nunca.

Y al pensar en la mujer por quien lloraba incesantemente, la cordura le abandonó y entregóse sin resistencia a las imaginaciones de una locura plácida y triste.

Después de estudiar las ciencias físicas—según decía—, con el auxilio de un médium traslúcido, hizo experiencias referentes a la naturaleza y a la duración del alma y obtuvo resultados sorprendentes, pero que no le satisfacían. Había llegado a ver el alma de su muerta bajo el aspecto de una masa gelatinosa y transparente que no recordaba en absoluto la forma de su adorada; y era lo más doloroso de aquel experimento, cien veces repetido, que la masa de gelatina con tentáculos de una sutilidad extrema, los movía incesantemente conforme a un ritmo en apariencia destinado a expresarse, pero sin que pudiera comprenderse la significación de aquellos movimientos.

Mientras narraba el conde sus tristezas, el señor Blancmesnil se ponía en correspondencia con la joven Octavia, tranquila, silenciosa y con los ojos bajos.

No se había resignado Ceferina a perder a su amante, y muchas mañanas con su cesto al brazo, furiosa y desolada, rondaba la tienda en lucha con sus encontrados pensamientos, pues unas veces decidía castigar al infiel tirándole a la cara una botella de vitriolo, y otras la daban tentaciones de arrojarse a sus pies implorando piedad y cubriendo de besos y lágrimas las ma-

nos adorables. Un día, en acecho de su Miguel tan querido y tan culpable, vió a través del cristal a la joven Octavia entretenida en bordar junto a la mesa donde se marchitaba una rosa en un vaso. Loca de furor asaltó el establecimiento, dió algunos paraguazos sobre la rubia cabeza de su rival triunfante y la llamó barragana y asquerosa. Octavia corrió espantada en busca de los polizontes mientras Ceferina, en el doloroso arrebato de sus celos, con la punta de su viejo paraguas rascaba frenéticamente la *Gimblette* de Fragonard, el fuliginoso San Francisco del Greco, las vírgenes, las ninfas, los apóstoles, y al destruir los oros de Fra Angélico, decía:

—Todos estos cuadros del Greco, del Beato Angélico, de Fragonard, de Gerard David, y los Baudouins, ¡todos, todos, todos los ha pintado Guinardon! ¡el muy tuno, el miserable! Ese Fra Angélico lo pintó sobre mi tablero de costura; ese Gerard David está pintado sobre una muestra de comadrona... ¡Cochino! Él y su querida perecerán a mis manos, como estas indecentes obras.

Para sacarle de su escondrijo agarróse a la chaqueta de un viejo cliente que se refugió, aterrado, en lo más obscuro de la trastienda, y le puso por testigo de los crímenes de Guinardon, falsario y perjuro.

Los polizontes se vieron obligados a emplear alguna violencia para arrancarla del asolado almacén de antigüedades, y mientras la llevaban a la Comisaría, seguidos por una turba de curiosos, la pobre mujer elevaba sus ojos ardientes al cielo, y entre suspiros y lágrimas decía:

—Pero, ¿no conocéis a Miguel? Si le conocierais, comprenderíais que sólo a su lado puedo vivir. Es hermoso, es bueno, es único; ¡Miguel!, es un dios. ¡Le adoro! ¡le adoro! ¡le adoro! Traté con intimidación a muchos

hombres encopetados: ministros, duques, emperadores... Y ninguno era digno de limpiarle a Miguel de mi alma el barro de las botas... Amigos míos: no consintáis que me lo roben... ¡Devolvédme!

### CAPÍTULO XXIII

Donde se presenta el delicioso carácter de Bocota, que resiste a la violencia y se rinde al amor. Y no se diga después que el autor es misógino.

Al salir del despacho del barón Max Everdingen, el príncipe Istar entró en una taberna de los Mercados para tomar unas ostras y beberse una botella de vino blanco; y como era tanta su prudencia como su valor, fué después a casa de su amigo Teófilo Belais para esconder en el armario del músico las bombas que llenaban sus bolsillos. No estaba en casa el autor de *Alina, reina de Golconda*, y el querube sorprendió a Bocota estudiando ante el armario de espejo el papel de Zigouille, muchachuela viciosa, porque la genial artista debía representar el personaje principal de la opereta *Los Apaches* que se estrenaría en un lujoso «musichall», y ensayaba las provocaciones obscenas con que había de seducir a un transeunte y llevarle a una encerrona donde, mientras amordazan y sujetan al infeliz, ella repite con sádica maldad los llamamientos lascivos de que se valió para exaltarle y atraerle. Aquella obra la entusiasmaba porque ofrecía ocasión de triunfar en el canto y en la mímica.

El príncipe Istar sentóse al piano y Bocota rimó con la música sus movimientos innobles y deliciosos. Sólo llevaba una falda corta y la camisa, cuya hombrera desprendida sobre el brazo derecho descubría un bosquecillo frondoso y atrayente como la boca de una gruta sagrada de Arcadia; sus cabellos rubios y rizosos agitábanse rebeldes y esparcidos, su piel sudorosa exhalaba perfume de violeta, olor de sales alcalinas, y producía una embriaguez sensual. De pronto, enloquecido por el encanto voluptuoso de aquella carne ardorosa, el príncipe Istar se levantó, y sin decir nada, ni siquiera con los ojos, estrechó entre sus brazos a Bocota y la derribó en el sofá (el modesto sofá rameado que Teófilo adquirió en un almacén famoso con el compromiso de pagar diez francos mensuales durante muchos años). El querube se desplomó como una enorme roca sobre aquel cuerpo delicado; su pechazo estremecíase como un fuelle de fragua; sus manos enormes adheríanse como ventosas a la carne ardiente. Si el príncipe Istar hubiera galanteado a Bocota y le propusiera un goce amoroso, rápido, mutuo: poseída entonces por la excitación y el frenesí de su trabajo, ella no se negara seguramente a complacerle; pero Bocota era muy altiva, y su orgullo indómito revelóse al primer indicio de humillación. Hubiera gozado al entregarse, y no pudo consentir que la obligaran brutalmente. Solía rendirse al amor, a la curiosidad, a la solicitud quejumbrosa; rendiríase a todo menos a la fuerza; ¡eso no, antes la muerte! Su asombro convirtióse al punto en furor y todo su ser protestó contra la violencia. Con sus uñas furiosas desgarró las mejillas y los párpados del querube; para resistir el peso de una montaña de carne puso en tensión todos sus músculos, y arqueando briosamente la espalda, con el violento im-